

profetismo y blasfemia en león felipe

carlos muñiz, s. i.

“Así como ando ahora no soy más que un puñado de huesos viejos y sin destino... (1), “un vagabundo sin patria, sin decálogo y sin tribu” (O.C. pág. 292), “un viajero rezagado en los caminos ásperos y purgativos que conducen al poético reino de la Gracia” (p. 956), “un poeta triste que vivió oscuro bajo el maleficio del eclipse” (969), “un poeta viejo y ronco que sólo ha sabido cantar desesperadamente al polvo” (990), “un hombre lleno de crímenes y de sombras que hablará de corrido el día del Juicio”, “un gran criminal vestido de hollín y de betún / que loco y fugitivo / recorre este planeta apagado y tenebroso” (305), “una mueca, una máscara hecha de retórica y de miedo” (131), “un publicano que no sabe rezar” (277), “el hombre de la tralla, el de los ojos sucios... el blasfemo” (285), “aquel jeremiaco que decía: Solamente nos salvarán las lágrimas” (134), “el poeta del Viento” (956), “una voz que va por los caminos y se para en el viento, y unos ojos que contemplan el universo sin miedos” (951), “nadie: un hombre con un grito de estopa en la garganta, y una gota de asfalto en la retina” (189), “un sonámbulo que quiere descansar” (295), un hombre a quien han dejado “sin altar y sin tabernáculo” (194), “un reportero con énfasis de energúmeno” (1.034).

Este es el hombre: León Felipe, poeta español, nacido el año 1884 en la provincia de Zamora y muerto recientemente en América después de treinta años de voluntario exilio. No mucho antes de su muerte escribió a Camilo J. Cela: “Me gustaría decirle a alguien, a usted por ejemplo, con la solemne sinceridad de un moribundo, que mi poesía, salvo los momentos religiosos que tienen un aliento de plegaria, la rompería, la quemaría toda... He tenido una voz irritable, irritante y salvaje sin freno y sin medida, y sólo en algunos momentos, muy pocos, he sabido rezar. La poesía no es más que oración. Ahora, como cuando escribí mi primer libro, creo que no es más que oración. Oración fervorosa. O piadosa y reposada” (1.034).

(1) LEON FELIPE: *Obras Completas*, Ed. Losada Buenos Aires, 1963, p. 1.035. Los números que aparecen entre paréntesis, remiten a las páginas de las Obras Completas.

Era un hombre distinto. Un español hasta los tuétanos. Poeta desde la propia sangre, "como Prometeo" (225 y ss.). Un cristiano que se adelantó salvajemente a su tiempo con una "contestación" extrema, nacida, más que de rebeldía, de un profundo sentido del Misterio, de una desgarrada tragedia interior, de una lucha que soporta heroica y angustiadamente "entre una blasfemia y una oración podrida, esperando a que amanezca" (172). Un hombre puro, incontaminado, independiente en su poesía y en su actitud política, que pudo decir, hacia el final:

*"Yo sé que mi línea no se quiebra
que no la quiebran los hombres,
y que tengo que llegar hasta Dios para darle cuenta de algo que puso
[en mis manos cuando nació la primera sustancia española]" (932).*

Un hombre en contacto con Dios por la oración, el llanto y la blasfemia. En perpetua búsqueda, ya que "Dios dirá: Esta es la Ley del Universo: la busca, la rebusca... la angustiada rebusca que tiene al perro siempre alerta" (321). Olfateando la Palabra revelada: "Me he buscado en la Biblia y por todos los rincones he encontrado mis huellas" (292). Y es por eso quizás por lo que, siguiéndole las huellas, nos encontramos con algo bíblico en su poesía, algo rebelde y sumiso, brutalmente antieclesiástico y paradójicamente cristiano. Y es importante estudiarlo porque "todo poeta sigue hablando y cantando después del salto mortal" (990). Y porque, en medio de sus errores, hay grandes intuiciones evangélicas. Diríamos que casi proféticas. Él mismo es consciente de ello "He dicho algunas cosas en tono profético también. Alguien me ha llevado a decirlas. No sé si he acertado alguna vez. Mañana se verá. Sé desde luego que hay caminos en el universo para los cuales los pies y la pupila del hombre aún no están maduros. Y que soy un profeta sin madurar. Por eso he dicho que tal vez me llame Jonás. Y que acaso este libro es la aventura de Jonás: la *noche oscura*, su estancia en la ballena, la vida del hombre en el infierno" (293).

"Yo soy Jonás", nos dirá varias veces. "Me gusta haber dado con mi almendra, me gusta saber que no soy más que una réplica, una torpe réplica, el doble de un poeta grotesco, del gran clown de la Biblia, del profeta que no acierta jamás" (290). "Hay profetas fatales y falsos profetas. Pero Jonás es un profeta grotesco, sin vocación y sin prestigio. Es la voz que no acierta nunca. Él lo sabe. Por eso desconfía y se esconde... Tal vez sea un tímido o, como ahora se dice, un *resentido destemplado*. No quiere ser pregonero de nadie. Lo que le gusta es dormir. Y más que dormir, morir... Su oración es un sueño... Habla porque se lo mandan, porque se lo apuntan..." (288-289). "A veces oigo un viento de tormenta que me grita: Levántate, ve a Nínive, ciudad grande y pregona contra ella... Yo soy Jonás" (189-190).

POEMA Y PROFECIA

*"¿Quién ha dicho que ya no hay poetas en el mundo?
¿Quién ha dicho que ya no hay profetas?" (929).*

Porque importa mucho tomar conciencia de su existencia y de su importancia, en un mundo materialista, superorganizado y técnico. Son hombres, como el mismo León Felipe, convencidos de que "todo es metafís-

sico y trascendente en esta hora de erupciones y derrumbes" (1.006). Pero convencidos también de que esa metafísica y esa trascendencia hay que rastrearlas por otra ladera distinta a la de la filosofía. "Yo no soy el filósofo. El filósofo dice: Pienso... luego existo. Yo digo: Lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo. Creo que la Filosofía arranca del primer juicio. La Poesía, del primer lamento. No sé cuál fue la primera palabra que dijo el primer filósofo del mundo. La que dijo el primer poeta fue: ¡Ay!" "¡Ay! Este es el verso más antiguo que conocemos. La peregrinación de este ¡Ay!, por todas las vicisitudes de la historia, ha sido hasta hoy la Poesía. Un día este ¡Ay! se organiza y santifica. Entonces nace el salmo. Del salmo nace el templo. Y a la sombra del salmo ha estado viviendo el hombre muchos siglos. Ahora todo se ha roto en el mundo. Todo. Hasta las herramientas del filósofo. Y el salmo ha enloquecido: se ha hecho llanto, grito, aullido, blasfemia... y se ha arrojado de cabeza en el infierno. Aquí están ahora los poetas. Aquí estoy yo por lo menos" (257).

Lo malo es que los poetas y los sacerdotes y los sabios traicionan muchas veces su difícil vocación de oteadores de la trascendencia. "Cuando los grandes depositarios espirituales que llevan en sus manos el alimento sagrado de nuestra fe, lo venden o lo usan para mover la carroza de la política o del poder; cuando el poeta, el sacerdote y el sabio abandonan al hombre y lo dejan solo, el hombre pregunta a los lagartos y se queda colgado de los signos de interrogación" (241). O trata de resolver los interrogantes buscándose falsos profetas. O buscándose a otros personajes que los sustituyan:

*"Un día los reyes y los pueblos
para olvidar su destino y fatal dramático
y para poder supplantar el sacrificio con el cinismo y la pirueta,
sustituyeron al profeta por el bufón"* (292).

Que es lo que justifica que León Felipe ponga en labios del Bufón de su "Rey Lear" aquellas palabras: "Yo nací cuando murió el último profeta. En la Edad Medio y en la era cristiana no hubo profetas. Hubo santos, pero no hubo profetas. El lugar de los profetas lo ocuparon los bufones. El profeta era el alma telúrica de Israel, el grito oscuro de la Tierra, la voz del pueblo, lo que ahora se llama el subconsciente colectivo. Era la otra voz de Dios también... la de los ángeles subterráneos que buscaban sus alas... Y cierto rey, a quien todos habéis oído nombrar, que atendía más a la voz de su lujuria que a la de Dios, mandó degollar al último profeta... Entonces nací yo. Casi cuando Cristo iba a morir..." (1031-32). No deja de ser curioso que el profetismo de San Pablo fuera también confundido en Atenas con la bufonería (Act. 17). Es el instinto de defensa del mundo ante la palabra trascendente que le saca de sus casillas.

Ahora bien, ¿qué es León Felipe? ¿Un profeta, un bufón, un poeta? El dirá que "si a veces me he llamado poeta a mí mismo ha sido sólo provisionalmente y de un modo convencional" (277). Y también, por otra parte:

*"No tuve labios cortados para el verbo...
No tuve la voz cálida y fuerte del varón elegido...
Yo no fui el profeta de la ira.
Siempre me faltó el grito incisivo y decisivo
que encendiese la yesca"* (968).

Porque no se ve conductor de hombres, como los grandes profetas: "No guío a nadie. Tal vez junto a mí se agita un grupo de hombres, tan ciegos como yo, que se agarran a mis gritos desesperadamente. Pero yo no guío a nadie" (275).

Es una mezcolanza genial y desesperada de todas estas vocaciones y alguna más todavía. Sombra y grito. "En el camino largo hay túneles oscuros en donde el verso es más grito que ritmo y la canción una tea encendida" (275). "Mirad mis manos chorreando sombras" (305).

"¿Cómo se llama Dios?

¿Cómo me llamo yo?

Dios se llama Misterio.

Yo me llamo Misterio...

No hay más que sombras, sombras, sombras..." (400).

La vocación personalísima de León Felipe ha nacido de una perplejidad, de la amargura de la sombra. "El poeta del Viento aún no ha encontrado la luz" (956). Se limita a ser, como poeta, "el cronista de la realidad y del misterio" (830). "Mi oficio es éste: escuchar latidos y temblores de hombres, de pueblos y de estrellas" (950). ¿Qué hará entonces? "Ahora, aunque sea apresuradamente, dejad que diga yo lo que he visto con los ojos cerrados" (958). "Refiero ciertos sobresaltos de la sangre" (Ibidem). Se limita a "hacer lo que Isaías: tomarle el pulso al pueblo y al jerarca" (134). Ser un testigo de la tragedia humana: "La Poesía llega como un gendarme a la casa del crimen" (303). Y jugarse valientemente el tipo en su testimonio: "Delante del poeta no están más que el misterio, la Tragedia y Dios. Detrás quedan los obispos y los comisarios" (117). "Siempre el Poeta ha sido más valiente que el sacerdote; y más indiscreto. La Iglesia nunca se ha fiado de él. Le ha gustado descender los velos del templo y abrir los grandes arcones sellados donde se guardan los milagros" (1.003). Palabras que, para muchos lectores, amigos de la "contestación", valen también para los profetas. Ya he dicho que, en León Felipe, se da una extraña mezcolanza de actitudes que en él se hacen algo personal y único. Como en Cristo que, para León Felipe, es el supremo de los profetas-poetas. Cristo es

Cristo es "el Poeta Mayor..."

Ese que todos conocéis y veneráis

y que lleva una corona de espinas en la frente" (319).

"El poeta prometeico tiene que morir siempre escarnecido y apedreado. ¡Calumniado... crucificado y maldito! El verdadero poeta es el Verbo... el Hijo" (974). Cristo fue hombre de oración, de luz, de fuego. Y "la Poesía no es más que un sistema luminoso de señales. Hogueras que encendemos aquí abajo, entre tinieblas, para que alguien nos vea, para que no nos olviden. ¡Aquí estamos, Señor!" (236). "La Poesía... no ha de ser música ni medida, sino fuego" (Ib.).

COMPROMISOS EVANGELICOS

Este poeta y profeta, este cristiano, tiene que sentirse comprometido, como Jesús, como cualquiera de los grandes profetas y poetas. Tiene que tener una voz, una palabra encarnada. "La voz de los profetas —recordadlo— es la que tiene más sabor de barro" (930).

No vale la huida, no vale la evasión. Ante la cabeza rota del Niño de Vallecas de Velázquez nos dirá :

*“De aquí no va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardías,
sin huir...”* (80).

Está el hombre “ahí / desnudo bajo la noche y frente al misterio / con su tragedia a cuestas...” (235). Y entonces es el poeta el que se siente comprometido, “el que habla primero y dice: esto está torcido” (119). “Los políticos hacen los programas, los obispos las pastorales y los poetas los poemas. Pero el poeta habla el primero y grita antes que ninguno la congoja del hombre... El obispo da al problema una solución falsa y medrosa... El poeta es el que habla primero y dice: esto está torcido. Y lo denuncia. O esto es un misterio, y pregunta: ¿por qué? Pero cualquiera puede denunciar y preguntar. Sí. Pero la denuncia y la pregunta hay que hacerlas con un extraño tono de voz y con un temblor en la garganta” (119). El tono y temblor que nacen de una búsqueda sin miedos y sin tapujos de la Verdad, otro de los valores evangélicos. “Buscar la verdad con reverencia debe ser uno de nuestros grandes oficios” (946). Es más, “no hay más pecados que los que se cometen contra la verdad. ¡Cuesta tanto ganar la verdad!” (946). Y esa verdad hay que buscarla e instalarla a costa de lo que sea. Aunque sea con las revoluciones. “Es mil veces preferible la destrucción, la anarquía, el caos, el comenzar de nuevo otra vez, a este orden monstruoso aceptado sin repugnancia y sin protesta” (947). Y esto en unión de esfuerzos y de corazones: “Ya vino el Cristo colectivo. Ahora marchamos todos hacia una mística colectiva” (294).

*“Porque no es lo que importa llegar solo ni pronto
sino llegar con todos y a tiempo”* (75).

Esta es nuestra comprometida tarea. La que nos enseñó el Evangelio. La que nos trajo Cristo. Por eso León Felipe nos dirá de Jesús :

*“Aquí vino...
y se fue.
Vino, nos marcó nuestra tarea
y se fue”* (86).

LA DIALECTICA DEL LLANTO

Pero ¿cómo acompañar a Cristo en su tarea? El poeta español nos lo dirá rezándole :

*“Viniste a glorificar las lágrimas
no a enjugarlas”* (92).

*“Cristo es la vida
y la vida, la cruz...
Cristo es ya la tribu.
Vamos sobre sus mismas lágrimas.
Por estas viejas aguas
navegaré en mi barca hasta llegar a Dios”* (211).

Ya no es la defensa del verso bíblico que modificaron los escribas, por aquello de que “Cristo vino a defender los derechos de la Poesía contra la intrusión de los escribas en este pleito terrible que dura todavía como el de los sofistas contra la Verdad” (199). Ahora es algo más íntimo, más dolido, más humano: el llanto. “Con Cristo, pero en los Olivos y en la cruz... con la sombra y el llanto” (210).

*“Y el Verbo se hizo llanto
para levantar la vida”* (156).

Ese llanto que no está “en los programas de los políticos. Está en los versículos de los profetas y en el corazón engañado y afligido del hombre” (121). Por eso,

*“un hombre sin llanto
será una bolsa vacía”* (214).

Dios pone “la luz y nosotros las lágrimas” (225). “El hombre es la conciencia dramática del llanto” (209). Un llanto que es consecuencia de nuestras tinieblas:

*“Y vio (Dios) que la luz era buena
Pero la sombra estaba allí.
Entonces creó al hombre.
Y le dio la espada del llanto para matar la sombra.
La vida es una lucha entre las sombras y mi llanto”* (212).

Llanto que nace de la oración y aún es ya él mismo plegaria. León Felipe, que es hombre de oración, hasta el punto de que su primer libro, publicado en 1920, son unos “VERSOS Y ORACIONES DE CAMINANTE” (2), llora porque el mundo ha perdido a Dios y no puede hacer oración y grita: “Estas son, hijos míos, / las tres primeras letras / que tenéis que aprender / en las escuelas: / S.O.S.-S.O.S.-S.O.S. / Dios está en todas partes, hijos míos... pero hoy nadie lo encuentra. ¡A ver si lo encontráis y nos encuentra!” (168-69). Oración y llanto se confunden en esta búsqueda desesperada:

*“Arrodillate y reza
No. Navega.
navega sobre tu llanto”* (212).

(2) En él se encuentran algunos de sus poemas más conocidos —“Señor / yo te amo / porque juegas limpio”, (81). “Nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana / hacia Dios, / por este mismo camino / que yo voy. / Para cada hombre guarda, / un rayo nuevo de luz el sol / y un camino virgen / Dios”, (35).

DEL LLANTO A LA BLASFEMIA

“—*Dónde está la oración?*

—*Muerta ¿no sabéis que está muerta?*” (286).

En estas frases se está diagnosticando la enfermedad del mundo. La oración ha muerto. “La encontraréis ahí dentro, boca arriba, en las baldosas frías de la iglesia” (286). “¡Ah! ¡Si yo no creyese que la campana de la Iglesia está rota para siempre!” (325).

“*La oración ya no es más que el rosario...*

ristra de huescas avellanas colgadas de una escarpia” (362).

Por eso, “todo está inmóvil... Por aquí pasó el Viento / fecundo y milagroso, hace ya muchos siglos. Ahora, Señor Arcipreste, el mundo es un museo” (Ib.). Todo inmóvil, sin voz, sin llanto, sin calor, sin grito; sin ese “grito cristiano que los obispos han clavado en la rueda inacabable de la liturgia eclesiástica para que la asesine la rutina” (118).

¿Cómo reaccionar contra este anquilosamiento, contra esta tibieza? ¿Cómo, si ya no sabemos hacer oración? ¿Qué sustituto le buscaremos? ¿Tendrá alguna hermana la oración, alguna hermana que pueda ocupar su puesto en estos momentos tan difíciles? Sí, responde León Felipe: “tenía una hermana: la blasfemia” (286).

La respuesta extraña un tanto. ¿Qué cercanía a Dios puede dar la blasfemia? ¿No es un alejamiento del Señor? Pero el poeta dirá que no; que Dios se encuentra

“*en el pico de la oración*

y en el rabo de la blasfemia” (286).

Y hay que buscarlo en donde esté. “El salmo y la oración no son ya caminos. Buscaré a Dios por otros derroteros. Y me he puesto a gritar y a blasfemar porque pienso, como Job, que éste es un buen señuelo para cazar a Jehová” (200). “La Poesía es el derecho del hombre a... despertar al capataz con un trueno o una blasfemia” (203). Porque “sabemos que los dioses se duermen. Que a veces es necesario despertarles... y blasfemar si no responden” (983). Y entonces se decide: “Yo seguiré blasfemando. Y al final, cuando hable Dios desde el torbellino, veremos a quién le da la razón” (200).

“*Porque Job se quejó,*

y cantó

y lloró

y gritó

y blasfemó

y pateó furioso la boca cerrada de Dios...

¡habló Jehová desde el torbellino!” (203).

Es importante esta última cita. El poeta, que parece indicar, como dijimos más arriba, que la blasfemia es sólo un sustituto de la oración, cuando ésta se ha muerto; que sólo es un grito para despertar a Dios, el “versículo blasfemo de mis huesos leprosos” (226), acaba por dejar caer un nombre que insinúa muchas cosas. El poeta ha citado a Job. Un personaje bíblico que se rebela por algo más que una liturgia momificada.

Tenemos la sensación de que la invitación de León Felipe "para que nunca recemos como el sacristán los rezos" (46) es importante, pero no es el centro de su grito profético ni la razón de su blasfemia. Hay algo en los huesos, una lepra, una amargura en su queja: "La lepra, la sangre envenenada y el alma resentida cantan con una lengua espesa y una laringe rota" (276). Su voz se hace hiriente y esquinada, esa "voz de grajo, destemplada y maldiciente, que me ha salido ahora con los años" (Ib.). Y "al final, todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de un idiota llenas de estrépito y de furia que se perdieron como burbujas de hiel en el vacío" (954).

¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Contra qué se está rebelando? ¿Por qué grita "desde el infierno" y quién le ha metido en él?

Son los suyos unos "gritos desesperados / aullidos y blasfemias en el subterráneo" (246). ¿A qué se debe el plante radical del "no quiero ponerme de rodillas / para decirle a Dios que el Hombre está bien hecho"? (372) ¿Contra quién pide trágica y desesperadamente que se haga justicia y por qué? "Me voy sin haber aprendido más que a gritar y a maldecir... me voy sin haber visto el Amor, con los labios amargos llenos de baba y de blasfemias, con los brazos rígidos y erguidos, y los puños cerrados, pidiendo Justicia fuera del ataúd" (296). ¿Cuáles son esas "ondas sombrías en la mente del hombre" (228), que le llevaban a exclamar que

*"a la hora de las sombras subterráneas
la blasfemia reclama sus derechos"?* (274).

ESPAÑOL DEL EXODO Y EL LLANTO

En esta palabra "españoles del éxodo y el llanto", referida a los exiliados españoles y a los que perdieron la guerra civil del 36, está la explicación de todo. León Felipe es un idealista que se entrega con fervor a la causa de la República. Pero esa causa es traicionada por los republicanos y aplastada por los nacionales. León Felipe se indigna contra la división, los egoísmos y las cobardías de sus correligionarios políticos (Cfr. pgs. 929 a 943) y grita rabiosamente contra los vencedores de la contienda. Exactamente como muchos españoles de su tiempo y de su estilo. Sólo que hay algo más que pura desazón política. "El poeta va recreando, con su angustia viva, las esencias vírgenes que matan sin cesar el político y el eclesiástico, esos hombres que piensan que ganan todas las batallas y dejan siempre seco y muerto el problema primario de la justicia del hombre" (118) había escrito en 1939, casi al comienzo de ese libro. Pero, poco a poco, se ve que, por encima del político, está el cristiano. Y su queja contra el eclesiástico empieza a tomar unas dimensiones gravísimas. Acusa a la Iglesia clerical de haberle hecho perder la fe:

*"¡Ah! ¡Si los que asesinaron al Cordero
y viven de la sangre del Cordero
no me hubiesen arrebatado la fe!"* (326).

Ya no se trata de las sombras de la rutina del culto y el rezo; del desencanto por no haber oído jamás "en las catedrales españolas un salmo

afilado que se pudiese clavar en el cielo, en la tierra o en la carne del hombre" (194). Antes, su interrogante se limitaba sólo a eso: "Y siempre me preguntaba al entrar en las iglesias: ¿dónde estará el salmo? ¿dónde le habrán escondido los canónigos?" (194). O a quejarse de la falta de compromiso y de verdad: "El obispo es el que disfraza la tragedia, el hombre del engaño" (175). O de que se hallan metido de nuevo "los mercadillos en el templo" (130). O de que existan "líricos flechazos farisáicos que guardan el secreto de cómo se disparan el verso y la oración" (303). La razón profunda de su rabioso anticlericalismo, de sus ataques al Papa y a todo el clero, está en la certeza que el poeta tiene de que la Iglesia que él conoce ha tomado partido por el bando nacional en la guerra civil de España. Sin embargo, cuando se olvida de la política, cuando hace pura literatura —en sus obras de teatro del "El Juglarón"— los sacerdotes que describe son enormemente humanos y comprensivos.

EL FINAL SERENO

"Luego llegó el milagro" (393). "He vuelto... Como Lázaro he vuelto. Y he vuelto a rezar. En la forma sencilla de las almas humildes: con el Padrenuestro" (393). "Aquí estoy... En este mundo todavía... Viejo y cansado... Esperando a que me llamen... Y aquí estoy esperando... haciendo examen de conciencia, escudriñando agudamente mi vida... Otra vez lo haré mejor, Señor..." (393-395). Citas que pertenecen a cuatro maravillosos poemas dedicados a Dámaso Alonso y que deben de leer sosegadamente todos aquellos que quieran conocer al cristiano León Felipe. Cuatro poemas que olvidan, lo mismo que la fervorosa carta a Cela sobre la poesía y la oración, todos aquellos que utilizan a León Felipe como pura bandera política. Aquellos que no saben distinguir las raíces de la blasfemia. "Sobre una blasfemia roja, no se levanta España" (134). Es otra la razón del grito amargo de este poeta en rebelión ante Dios y ante la Iglesia. No es falta de fe. Es lo contrario: una fe tan enorme en la grandeza de lo evangélico, en la maravilla de la oración, en la excelcitud de Dios y en la generosidad de Cristo, que le hacen desencantarse y desesperarse al ver que los católicos no la encarnamos profundamente en nuestra propia vida. El poeta que escribió:

*"me voy sin haber dado mi cosecha,
sin haber encendido mi lámpara"* (296),

se equivocó con esta afirmación. (Al fin y al cabo, él es Jonás, "el profeta que siempre se equivoca"). Su obra, en medio de los errores y las estridencias, nos trae una lección maravillosa. Una lección claramente explicada. No vale aquello del "temo que no me haya explicado bien en mis poemas y que no tenga tiempo de explicarme" (957). Su verdadera palabra está bien clara: hay que buscar la verdad, hay que buscar la oración, hay que despertar a Dios, hay que purificar el templo, los ritos, la canción, la vida toda para hacerla más evangélica. Su mensaje es como una profecía dada desde fuera del catolicismo confesional. Y después de todo, "no en la primera, sino en la última página de la crónica es donde está escrito el nombre verdadero del héroe; y no al comenzar sino al acabar la jornada, es cuando acaso pueda decir el hombre cómo se llama" (181). Quien quiera, pues, conocer el nombre exacto de este poeta ha de ser sincero y

leerlo completo y sin prejuicios. Así entenderá la totalidad de su vida y de su obra. Así, la entenderemos todos. Y nos quedaremos, más que con sus salidas de tono, con el admirable idealismo a lo Don Quijote que le animó siempre; con el amor a la verdad y a la locura de los sueños elevados; con su lucha frenética y desesperada contra la mentira y la cazorra componenda. Así nos contagiaremos un poco de su locura y de su queja: "Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos... Y ni en España hay locos. Todo el mundo está cuerdo; terrible, monstruosamente cuerdo" (261). Para terminar serenamente con aquella idea base del magnífico poema "Los dos mundos" (233-34):

*"Hay dos mundos: el de las formas y el de las esencias,
el de las formas que se desgastan y el de las esencias eternas,
el de las formas que se mueren y el de las esencias que co-
[mienzan a originarse de nuevo...]"*

Esto, tan enormemente actual, es el punto esencial de la "profecía" de León Felipe.